

VEINTICUATRO HORAS
EN LA VIDA DE UNA MUJER
Y OTROS RELATOS

UNIVERSAL FILMS ESPAÑOLA S.A.

Joan
FONTAINE
Louis
JOURDAN

MADY CHRISTIANS
MARGEL JOURNET
ART SMITH
CAROL YORKE

DIRECTOR MAX OPULS



Carta de una
desconocida



Cartelón español del film americano *Letter from an Unknown Woman*, de 1948.

CARTA DE UNA DESCONOCIDA
(1922)

CUANDO, a primera hora de la mañana y después de tres días de reparadora escapada a la montaña, el afamado novelista R* regresó a Viena, tras comprar el periódico en la estación de ferrocarril y comprobar la fecha del diario, cayó en la cuenta de que ese día era su cumpleaños. «Son ya cuarenta y uno», pensó rápidamente sin que esa comprobación le impresionara mayormente. Mientras se dirigía en taxi a su apartamento, fue hojeando las crujientes páginas del periódico. El sirviente le informó de que durante su ausencia había tenido dos visitas y algunas llamadas telefónicas para, a continuación, entregarle en una bandeja el correo acumulado. Miró distraído lo que había entrado y abrió un par de sobres cuyos remitentes despertaron su interés. Inicialmente apartó a un lado una carta de extraña letra que le pareció demasiado extensa. Después se hizo servir el té, se arrellanó cómodamente en el sillón, hojeó otra vez el periódico y alguna que otra revista; a continuación, se encendió un puro y fue entonces cuando tomó la carta que había apartado.

Eran casi dos docenas de páginas escritas apresuradamente, con una extraña e inquieta letra de mujer, un manuscrito más que una carta. De manera instintiva registró de nuevo el sobre para comprobar si no se habría dejado una carta de acompañamiento en él. Sin embargo, el sobre estaba vacío y, como las propias cuartillas, no tenía ni remite ni firma. «Qué extraño», pensó, y volvió a coger la carta. «A ti que nunca me conociste», era la apelación que figuraba como encabezamiento. Asombrado hizo una pausa:

¿Era para él? ¿No sería para un hombre soñado? Su curiosidad se despertó de repente. Y empezó a leer:

«Mi hijo ha muerto ayer. Tres días y tres noches he luchado con la muerte por esta pequeña y tierna vida, cuarenta horas he estado sentada a su lado mientras la gripe sacudía su pobre y febricitante cuerpo. Puse frío en su ardiente frente, y día y noche sostuve en las mías sus pequeñas e inquietas manos. A la tercera noche colapsé. Mis ojos ya no podían más, y sin darme cuenta se me cerraron. Durante tres o cuatro horas me quedé dormida en el duro sillón, pero mientras tanto la muerte vino para llevárselo. Ahora yace ahí, la dulce y pobre criatura, en su estrecha camita, tal y como expiró; solo le han cerrados los ojos, sus oscuros y vivaces ojos, le han cruzado sus manos sobre su camisa blanca y cuatro grandes cirios están ardiendo en las cuatro esquinas de la cama. No me atrevo a mirarlo, y tampoco me atrevo a moverme, porque, cuando los cirios parpadean, arrojan sombras sobre su rostro y su boca cerrada, y es como si sus rasgos se estuvieran moviendo y yo pudiera pensar que no está muerto; como si fuera a despertarse y, levantándose de nuevo, con voz clara me dijera algo infantilmente tierno. Pero lo sé, está muerto. No quiero mirar más, para no volver a tener esperanzas, para no volver a decepcionarme. Lo sé, lo sé, mi hijo falleció ayer, y ahora solo te tengo a ti en el mundo, solo a ti, que no sabes nada de mí, y que mientras tanto, despreocupado, sigues jugando o coqueteando con cosas y personas. Solo te tengo a ti, que nunca me conociste y a quien siempre amé.

He cogido un quinto cirio y lo he colocado aquí, junto a la mesa en la que te estoy escribiendo. Porque no puedo estar sola con mi hijo muerto sin gritar desde el fondo de mi alma. ¿Y a quién debo hablar en esta hora terrible si no a ti, a ti que has sido y eres todo para mí? Tal vez no pueda hablarte con mucha claridad, tal vez no me entiendas, pues tengo la cabeza embotada, las sienes me tiemblan y martillean y las extremidades me duelen. Creo que tengo fiebre, tal

vez sea la gripe, que ya va deslizándose de puerta en puerta, lo que no estaría mal, pues entonces me iría con mi hijo y no tendría que hacer nada contra mí. A veces se me nubla la vista, y tal vez ni siquiera pueda terminar esta carta... pero quiero echar mano de toda la fuerza de la que soy capaz para hablarte una vez, solo esta vez, a ti, amado mío, a ti, que nunca me reconociste.

Solo a ti quiero hablarte, contarte todo por una única vez. Tienes que conocer toda mi vida, una vida que siempre fue tuya y de la que nunca supiste nada. Pero solo conocerás mi secreto cuando yo esté muerta, cuando ya no tengas que responderme, cuando realmente acabe lo que ahora sacude mis miembros con grandes escalofríos. Si tengo que seguir viviendo, romperé esta carta y seguiré en silencio, como siempre estuve. Pero, si ya la tienes en tus manos, sábette que en ella una mujer muerta te está contando su vida, una mujer que fue tuya desde la primera hasta la última hora de su existencia. No tengas miedo de mis palabras: una persona muerta ya no quiere nada, no quiere ni amor ni compasión ni consuelo. Yo solo quiero una cosa de ti: que creas todo lo que mi dolor, dirigido totalmente a ti, te manifiesta. Créeme todo, solo te pido esto: no se miente cuando acaba de morir tu único hijo.

Quiero contarte toda mi vida, esta vida que realmente solo comenzó el día en que te conocí. Antes de eso solo había algo turbio y confuso, en lo que mi memoria nunca volvió a sumergirse, un desván de cosas y personas polvorientas, con telarañas, imprecisas y que mi corazón ya no reconoce. Cuando tú llegaste, yo tenía trece años y vivía en la misma casa donde tú vives ahora, en la misma casa donde ahora tú tienes en tus manos esta carta, último aliento de mi vida. Yo vivía en el mismo piso que tú, justo enfrente de la puerta de tu apartamento. Por supuesto que no te acordarás de nosotras, de la pobre viuda del consejero contable que siempre iba de luto y de mí, flaca adolescente. Siempre estábamos muy calladas, como si estuviéramos

inmersas en nuestra pobreza pequeñoburguesa. Quizás nunca hayas escuchado nuestro nombre, porque no teníamos rótulo en nuestra puerta y nadie nos visitaba, ni nadie preguntaba por nosotras. ¡Fue ya hace tanto tiempo... quince, dieciséis años! No, seguro que ya no te acuerdas, amado mío, pero yo, ¡ay!, recuerdo cada detalle con pasión, y todavía hoy recuerdo el día, no, la hora en que escuché hablar de ti por primera vez, y por primera vez te vi... Pero ¡cómo no iba a acordarme, si fue entonces cuando para mí comenzó el mundo! Tolera, amado, que te lo cuente todo, todo desde el principio. Te pido que no te canses de escucharme por un cuarto de hora, a mí que nunca me cansé de amarte durante toda mi vida.

Antes de que te mudaras a nuestra casa, detrás de la que hoy es tu puerta vivía gente horrible, malvada y pendenciera. Pobres como eran, odiaban sobre todo la pobreza del vecino, la nuestra, porque no queríamos tener nada en común con su decrepita brutalidad proletaria. El marido era un borracho empedernido que maltrataba a su mujer. A menudo por la noche nos despertaba el estrépito de sillas que caían o el ruido de los platos. En cierta ocasión ella subió escaleras arriba, llena de moratones y de sangre y con el pelo hecho jirones, mientras el borracho la perseguía vociferando hasta que la gente salió a las puertas y lo amenazó con llamar a la policía. Desde el principio, mi madre había evitado cualquier relación con ellos y me prohibió hablar con sus hijos, quienes se vengaban de mí en cada oportunidad. Cuando me encontraban en la calle, me gritaban palabras soeces y en cierta ocasión me tiraron duras bolas de nieve que me hicieron sangre en la frente. Toda la casa odiaba a aquellas personas con un instinto común, y, cuando de repente sucedió algo —creo que al hombre le encerraron por robo y tuvieron que mudarse con sus cosas—, todos respiramos aliviados. El aviso de que se alquilaba la vivienda colgó en la puerta principal durante unos días, pero pronto lo quitaron y el conserje rápidamente hizo correr la voz de

que un escritor, un caballero tranquilo y soltero, ocuparía el apartamento. Fue entonces cuando escuché tu nombre por primera vez.

Pocos días después, pintores, limpiadoras y tapiceros aparecieron para adecentar el grasiento apartamento que habían dejado los dueños anteriores. Se sucedieron los martillazos, los golpes, los baldeos y los rascados en la pared, pero mamá estaba contenta con todo ello. Decía que finalmente se acabarían los sucios enredos de enfrente. Ni siquiera durante la mudanza te vi personalmente: era tu sirviente quien supervisaba todo aquel trabajo, aquel sirviente pequeño, serio y canoso que dirigía todo desde arriba con maneras tranquilas y prácticas. Nos impresionó mucho a todos, en primer lugar, porque, en nuestra casa de barrio, un sirviente era algo completamente nuevo, y además porque era extremadamente cortés con todos, sin ponerse al mismo nivel que los mensajeros ni entablar conversaciones amistosas. Desde el primer día saludó a mi madre con respeto, como si fuera una dama, e incluso conmigo, que era una cría, se comportó de manera confiada y seria. Pude comprobar de inmediato que estaba muy apegado a ti, mucho más allá de lo que es habitual en el servicio. Y, por eso, ¡cuánto quería yo al bueno de Johann, aunque le envidiara que siempre pudiera estar cerca de ti y servirte!

Te cuento todo esto, cariño, todas estas minucias, casi ridículas, para que entiendas cómo pudiste ganar tanto poder desde el principio sobre aquella chiquilla tímida y timorata que yo era. Incluso antes de que entraras en mi vida, ya había un nimbo a tu alrededor, una esfera de riqueza, de peculiaridad y misterio: todos en la pequeña casa de barrio —las personas que llevan una vida recogida siempre sienten curiosidad por todo lo nuevo que sucede más allá de su puerta— estábamos esperando con impaciencia a que te mudases. Y cómo aumentó la curiosidad que sentía por ti, cuando una tarde, al volver de la escuela a casa, vi la camioneta de mudanzas que estaba delante de la casa! La

mayoría de los objetos más pesados ya habían sido colocados por los mozos de cuerda y a continuación se pusieron a hacerlo con los artículos más pequeños, cogiéndolos uno a uno. Me detuve en la puerta para poder disfrutar de todo aquello, pues todas tus cosas eran tan extrañamente diferentes de todo lo que había visto hasta entonces... Había ídolos hindúes, esculturas italianas, enormes cuadros muy brillantes, y luego, finalmente, había libros, tantos y tan hermosos como nunca creí que fuera posible. Estaban todos amontonados en la puerta, y allí el sirviente los tomaba y les quitaba cuidadosamente el polvo uno a uno con el plumero. Me acerqué a la pila de libros con curiosidad cada vez mayor; el criado no me rechazó, aunque tampoco me animó; por lo que no me atreví a tocar ninguno, si bien me hubiera gustado sentir el suave cuero de alguno de ellos. Solo miraba tímidamente de reojo los títulos: había franceses e ingleses entre ellos, y algunos en idiomas que no conocía. Creo que habría estado mirándolos durante horas, pero en aquel momento mi madre me llamó para que entrara en casa.

Entonces, cuando todavía no te conocía, me pasé toda la tarde pensando en ti. Yo solo poseía una docena de libros baratos, encuadernados en cartóné, todos desgastados, que me resultaban muy queridos y que leía una y otra vez. Y estaba obsesionada por saber cómo sería la persona que poseía todos aquellos libros maravillosos, que sabía todos aquellos idiomas, que era tan rico y al mismo tiempo tan culto. Sentí una especie de asombro sobrenatural ante la idea de tantos libros. Traté de imaginarme cómo serías: te imaginaba como un anciano con anteojos y una larga barba blanca, parecido a nuestro profesor de geografía, solo que mucho más amable, más guapo y delicado; no sé por qué ya entonces, cuando todavía te figuraba como un anciano, estaba segura de que debías de ser hermoso. Esa noche y aún sin conocerte, soñé contigo por primera vez.

Al día siguiente entraste a vivir tú, pero a pesar de que estuve al acecho todo el día no pude verte, lo que solo

aumentó mi curiosidad. Finalmente, al tercer día, te vi, y cuán impactante fue la sorpresa que recibí cuando comprobé que eras tan diferente, tan completamente distinto a la imagen infantil de un Dios Padre que me había formado. Yo te había soñado como un anciano luminoso y amable, y entonces apareciste tú... en carne y hueso, tal y como eres hoy, ¡un ser inmutable por quien los años pasan con indolencia! Vestías una encantadora ropa deportiva de color marrón claro y subías las escaleras con tu manera incomparablemente ligera y juvenil, siempre de dos en dos. Llevabas tu sombrero en la mano y pude ver con asombro indescriptible tu rostro alegre y vivo, con tu cabello joven: en verdad, me asombró lo joven, lo hermoso, esbelto y elegante que eras. Y no es de extrañar que en ese primer instante sintiera nítidamente lo que yo y todas las demás percibíamos en ti una y otra vez y con una especie de sorpresa como algo único: que tienes una especie de dúplice personalidad: una, alegre y de vida fácil, completamente entregada a lo lúdico y a la aventura y, al mismo tiempo, otra de una implacable seriedad, consciente de su deber, infinitamente culta y educada. De manera inconsciente sentí lo que entonces todas sentían en ti: que llevabas una doble vida, una vida con una superficie clara y abierta al mundo, y otra más oscura que solo tú conoces. Fue esa dualidad más profunda que constituye el secreto de tu existencia, lo que yo, una niña de trece años mágicamente atraída por ti, percibí en esa primera mirada.

¿Entiendes ahora, querido, qué milagro, qué misterio tan seductor debes de haber supuesto para una niña como yo? Una persona ante la que sentía un gran respeto, porque escribía libros, porque era famosa en aquel otro gran mundo, ¡de repente era descubierta como un joven, elegante, alegre y jovial de veinticinco años! ¿Aún tendré que decirte que, a partir de ese día en nuestra casa, en todo mi pobre mundo infantil nada había que me interesara más que tú? ¿Tendré que decirte que, con toda la terquedad y toda la

persistencia machacona de una niña de trece años, todo mi ser giraba en torno a tu vida, en torno a tu existencia? Te observaba, observaba tus hábitos, observaba a las personas que acudían a ti, y todo esto no hizo sino aumentar, en lugar de disminuir, mi curiosidad por ti, porque toda la ambigüedad de tu ser se expresaba en la diversidad de estas visitas. Eran jóvenes colegas tuyos y estudiantes desgarbados los que se acercaban a tu casa y con los que te reías y te alegrabas; y, además, mujeres que llegaban en coches; en cierta ocasión, vino el director de la Ópera, un célebre director de orquesta al que con gran respeto solo había podido ver de lejos en el podio. Y otra vez veía jovencitas que todavía iban a la escuela de comercio y que se introducían con sigilo y avergonzadas por la puerta; y sobre todo muchas, muchísimas mujeres. No me pareció nada especial, ni siquiera cuando una mañana, cuando iba a la escuela, vi a una señora alejarse de ti completamente cubierta con el velo. Yo solo tenía trece años, y la apasionada curiosidad con la que te espiaba y miraba aún no se percataba, niña como yo era, de que ya era amor.

Pero todavía recuerdo exactamente, amado mío, el día y la hora en que me perdí por completo y para siempre en ti. Había estado dando un paseo con una amiga del colegio y estábamos charlando paradas junto al portal. Entonces llegó un coche, se detuvo, y con tus modales impacientes y elásticos, que todavía hoy me atraen en ti, saltaste del estribo y te dirigiste a la puerta. Sin querer me vi obligada a abrirte la puerta, así que me interpuse en tu camino y casi chocamos. Me miraste con esa mirada cálida, suave, envolvente que era como de ternura, me sonreíste... sí, no puedo decirlo de otra manera, cariñosamente, y dijiste con una voz muy suave y casi confidencial: «Muchas gracias, Fraulein».

Eso fue todo, querido mío, pero desde ese segundo, desde que sentí esa mirada suave y tierna, me enamoré de ti. Más tarde, muy pronto, descubrí que esa mirada que lo abarca todo y atrae; esa mirada que al mismo tiempo en-

vuelve y desnuda, esa mirada del seductor nato, la diriges a todas, a toda mujer que te roza, a toda dependienta que te vende algo, a toda camarera que te abre la puerta, y que en ti esa mirada es más consciente que la voluntad y la inclinación, pero que tu ternura hacia las mujeres, inconscientemente, hace que tu mirada sea suave y cálida cuando se dirige a ellas. Pero yo, niña de trece años, no tenía ni idea: estaba como sumergida en fuego. Creí que la ternura era solo para mí, exclusivamente para mí, y en ese segundo la mujer en mí, la adolescente, se despertó y esta mujer se hizo adicta a ti para siempre.

—¿Quién era ese? —preguntó mi amiga. No pude responder de inmediato. Me era imposible pronunciar tu nombre: ya en ese mismo instante me era sagrado y se había convertido en mi secreto.

—Bah, alguien, un señor que vive en la casa —balbuceé torpemente.

—¿Pero por qué te has sonrojado por la forma en que te miraba? —se burló mi amiga con toda la malicia de un niño curioso. Y, solo porque me pareció que se estaba burlando de mi secreto, la sangre me subió aún más caliente a mis mejillas. La vergüenza me hizo ser grosera.

—¡Tonta, estúpida! —exclamé furiosa. Me hubiera encantado estrangularla. Pero ella se rio más fuerte y burlonamente, lo que hizo que casi se me saltaran las lágrimas debido a una ira inconsciente. La dejé en su sitio y corrí escaleras arriba.

Desde ese momento te amé. Sé que las mujeres te han dicho muchas veces esta palabra, a ti, el mimado por ellas. Pero, créeme, nadie te ha amado tan servil, tan obstinada y devotamente como este ser que fui y que siempre te ha permanecido fiel, pues nada en la tierra es como el amor de una niña que en la oscuridad pasa desapercibido: es tan desesperanzado, tan servicial, tan sumiso, tan acechante y apasionado como nunca lo puede ser el amor deseoso e instintivamente exigente de una mujer adulta. Solo las ni-

ñas solitarias pueden mantener su pasión por completo: las demás cotillean sus sentimientos en sociedad, los trituran en confidencias, han escuchado y leído mucho sobre el amor y saben que es un destino común. Juegan con él como con un juguete, se jactan de ello como los chicos de su primer cigarrillo. Además, yo no tenía en quien confiar, nadie me había instruido ni advertido, no tenía ninguna experiencia y me sentía desorientada: me arrojé al destino como a un abismo. Todo lo que crecía y brotaba en mí solo sabía de ti, soñaba contigo, mi confidente: mi padre había muerto hacía mucho tiempo y mi madre, con su timidez de jubilada, era una extraña para mí en su eternamente deprimida tristeza; las compañeras de colegio, medio degeneradas, me rechazaban, pues ellas jugaban a la ligera con lo que era mi única pasión, y por eso eliminé de mi interior todo lo que por lo demás desgarraba y destrozaba mi ser oprimido, que única y constantemente suspiraba por ti. Tú eras... ¿cómo te lo puedo decir? Toda comparación resulta demasiado pequeña: tú eras todo, toda mi vida. Todo existía solo en la medida en que estaba relacionado contigo; todo en mi existencia solo tenía sentido si estaba relacionado contigo. Tú cambiaste toda mi vida. Hasta entonces indiferente y mediocre en el colegio, de repente me convertí en la primera de toda la clase, me quedaba leyendo mil libros hasta altas horas de la noche, porque sabía que a ti te encantaban los libros, y, con gran asombro de mi madre, de repente comencé a practicar el piano con una persistencia casi obstinada, pues pensaba que te gustaría la música. Lavaba y repasaba mi ropa solo para aparecer ante ti más agradable y limpia, y me resultaba penoso el hecho de tener un remiendo cuadrado en el lado izquierdo de mi viejo delantal escolar, un viejo vestido para estar en casa de mi madre que yo me había cortado a medida. Tenía miedo de que te fijaras en él y me despreciaras, y por eso, cuando subía las escaleras, apretaba la cartera del colegio, temblando de miedo de que lo vieras. Pero era una estupidez, pues nunca, casi nunca me volviste a mirar.

Y, sin embargo, en realidad yo no hacía nada en todo el día más que esperarte y espiarte. En nuestra puerta había una pequeña mirilla de latón, a través de cuyo agujero circular se veía tu puerta. Aquella mirilla —no te sonrías, amado mío: ¡ni siquiera hoy me avergüenzo de aquellas horas!— era mi ojo abierto al mundo. Allí, en el frío recibidor, temerosa de las sospechas de mi madre, me senté durante meses y años, con un libro en la mano, acechando durante tardes enteras, tensa como una cuerda de violín que sonaba cuando tu presencia la tocaba. Siempre estuve a tu alrededor, siempre en tensión y movimiento. Pero tú no lo sentías, como no sientes la tensión del muelle del reloj que llevas en tu bolsillo y que con paciencia cuenta y mide tus horas en la oscuridad, acompañando tu camino con un latido inaudible y sobre el que tu mirada apresurada solo cae una vez entre un millón de segundos. Lo sabía todo de ti, conocía cada uno de tus hábitos, cada una de tus corbatas, cada uno de tus trajes, conocía, y pronto llegué a identificarlos, a cada uno de tus conocidos y los clasifiqué en dos grupos: aquellos a los que amaba y aquellos a los que odiaba. Desde los trece a los dieciséis años viví en ti cada hora. ¡Ay, qué locuras no habré cometido! Besé el pomo de la puerta que tocaba tu mano, recogía la colilla que habías tirado antes de entrar y que me resultaba sagrada pues había tocado tus labios. Cientos de veces, por las tardes, bajaba corriendo a la calle con algún pretexto para ver en cuál de tus habitaciones estaba encendida la luz y así sentir más conscientemente tu presencia invisible. Y, en las semanas en las que no estabas, mi corazón siempre se detenía de miedo cuando veía que el bueno de Johann bajaba tu bolsa de viaje amarilla; en esas semanas mi vida estaba muerta y sin sentido: caminaba malhumorada, aburrida, enojada y solo tenía cuidado de que mi madre no notara mi desesperación en mis ojos llorosos.

Sé que todo esto que te estoy contando son extravagancias grotescas, locuras infantiles. Debería avergonzarme de

ellas, pero no me avergüenzo, pues mi amor por ti nunca ha sido más puro y apasionado que en estos excesos infantiles. Durante horas y días podría contarte cómo entonces vivía contigo, yo, a quien apenas conocías de vista, porque, cuando te encontraba en la escalera y no había posibilidad de evitarlo, corría con la cabeza agachada por miedo a tu ardiente mirada como quien se tira al agua con tal de que el fuego no le queme. Durante horas y días podría estar contándote sobre aquellos años que hace tiempo se han esfumado de tu memoria, desenrollar todo el calendario de tu vida. Pero no quiero aburrirte, no quiero atormentarte. Solo quiero confiarte la experiencia más linda de mi infancia, y te pido que no te burles, porque, siendo tan pequeña, para mí, niña todavía, fue una infinitud. Debía de ser domingo, tú estabas fuera y tu criado introducía a rastras las pesadas alfombras que había estado sacudiendo por la puerta abierta del apartamento. El bueno de él lo estaba pasando mal, y en un ataque de audacia me acerqué a él y le pregunté si le podía ayudar. Él se quedó asombrado, pero me dejó hacer lo que quisiera, y así pude ver —ojalá pudiera decirte ¡con qué admiración reverente, incluso piadosa!— el interior de tu apartamento; tu mundo; el escritorio en el que solías sentarte y en el que había unas flores en un jarrón de cristal azul; tus alacenas; tus cuadros y tus libros. Fue solo una mirada superficial y furtiva a tu vida, porque Johann, el fiel y cuidadoso Johann, ciertamente no me habría permitido, pero con aquella única mirada me empapé de toda tu atmósfera y nutrí mis sueños interminables contigo tanto cuando estaba despierta como dormida.

Ese breve minuto fue el más feliz de mi infancia. Quería contártelo para que tú, que no me conoces, finalmente comiences a darte cuenta de en qué medida una vida dependía de ti y perecía. Quería contártelo al igual que aquella otra hora, hora terrible y que lamentablemente fue muy próxima a ese minuto. Yo, ya te lo he dicho, había olvidado todo por ti; no prestaba atención a mi madre y no me preo-

cupaba por nadie. No había notado que un señor mayor, un comerciante de Innsbruck que era pariente político lejano de mi madre, venía frecuentemente a casa y se quedaba largo tiempo. Ciertamente me resultaba agradable, porque con frecuencia llevaba a mamá al teatro y así yo podía quedarme sola para pensar en ti, para acecharte, lo que constituía mi mayor, mi única felicidad. Un día mi madre me llamó a su habitación con cierta ceremonia, pues tenía que hablarme en serio. Me puse pálida y de repente sentí que mi corazón latía con fuerza: ¿quizás había sospechado, adivinado algo? Mi primer pensamiento fuiste tú, el secreto que me conectaba con el mundo. Pero era mi madre la que estaba cohibida. Me besó tiernamente una o dos veces (lo que nunca había hecho), me llevó al sofá y luego, vacilante y avergonzada, comenzó a decir que su pariente viudo le había propuesto matrimonio, y que ella estaba decidida a aceptarlo, principalmente por mi bien. La sangre me ardía y se me agolpaba en el corazón. A todo ello solo un pensamiento respondía en mi interior, el pensamiento en ti.

—Pero nos quedaremos aquí, ¿no? —logré tartamudear.

—No, nos vamos a mudar a Innsbruck. Ferdinand tiene allí una hermosa villa.

No quise escuchar más. Mi vista se oscureció. Más tarde me enteré de que me había desmayado. Escuché a mi madre decir en voz baja a mi padrastro, que había estado esperando detrás de la puerta, que de repente con las manos extendidas me había echado hacia atrás y que luego había caído como un pedazo de plomo. No puedo referir lo que sucedió en los días siguientes, cómo yo, una niña impotente, me resistía contra su voluntad abrumadora: mi mano todavía tiembla cuando pienso en ello mientras te escribo. No pude revelar mi verdadero secreto, por lo que mi resistencia parecía no ser más que terquedad, malicia y desafío. Ya nadie me hablaba y todo sucedía a mis espaldas. Mientras estaba en la escuela, se utilizaba el tiempo para adelantar en los preparativos de la mudanza, y, cuando llegaba a casa,

una pieza más había desaparecido o había sido vendida. Veía el apartamento, y con él mi vida, en mal estado, hasta que una vez, al llegar a casa para almorzar, estaban allí los de la mudanza y se llevaron todo. En las habitaciones vacías había maletas preparadas y dos camas plegables para mi madre y para mí: se suponía que íbamos a dormir una noche más, la última, y que al día siguiente viajaríamos a Innsbruck.

De repente, ese último día me di cuenta de que no podría vivir sin tu presencia. Tú eras la única salvación que conocía. Nunca podré decir cuánto me lo pensé y si fui capaz de hacerlo con claridad en esas horas de desesperación, pero lo cierto es que, una vez que mi madre se hubo ido, de repente me levanté, y, tal como estaba con el uniforme escolar, me acerqué a tu puerta. Pero no, no fui yo: es como si me hubiera sentido atraída magnéticamente hacia tu puerta, a la que fui con piernas rígidas y articulaciones temblorosas. Ya te lo he dicho. Realmente no sabía lo que quería: caer a tus pies y pedirte que me mantuvieras como sierva, como esclava, y me temo que vas a sonreír ante este fanatismo inocente de una quinceañera, pero..., amado, no sonreirías más si supieras cómo me quedé fuera en el gélido descansillo, rígida de miedo y, sin embargo, empujada hacia adelante por un poder incomprensible, y cómo mi brazo, tembloroso y como si en cierto modo se me hubiera desgajado de mi cuerpo, se elevó —fue como una lucha que duró una eternidad de terribles segundos— y apretó con el dedo el botón de tu puerta. Incluso hoy resuena en mi oído el tono agudo del timbre, y luego el silencio posterior, mientras mi corazón, mientras toda mi sangre se detenía y solo me quedé escuchando si venías.

Pero no viniste. Nadie vino. Evidentemente, esa tarde habías salido y Johann debía de estar haciendo algún recado. Así que volví a tuestas con el muerto sonido del timbre retumbando en mi oído, y me arrojé exhausta sobre un *plaid*, cansada por los cuatro pasos que había dado, como si hubiera caminado durante horas a través de nieve pro-

funda. Pero bajo aquel agotamiento brillaba la determinación de verte, de hablarte, antes de que me apartaran de ti. Y en ello, te lo juro, no había ningún pensamiento sensual involucrado, seguía siendo una ignorante, precisamente porque no pensaba en nada más que en ti: sólo quería verte, verte de nuevo, aferrarme a ti. Entonces, amado, te esperé toda la noche, toda una larga y terrible noche. Tan pronto como mi madre se acostó y se durmió, me arrastré al recibidor para escucharte cuando volvieras a casa. Esperé toda la noche, una helada noche de enero. Estaba cansada, me dolían las extremidades y ya no había un sillón donde sentarme: así que me tumbé en el frío suelo en el que soplaba la corriente que pasaba por debajo de la puerta. Solo con mi fino vestido me eché sobre el frío y duro suelo, ya que no había cogido una manta. No quería tener calor, por miedo a quedarme dormida y no oír tus pasos. Sentía dolor, tenía los pies rígidamente apretados, los brazos me temblaban y tenía que levantarme constantemente: tanto frío hacía en aquella terrible oscuridad. Pero esperé, esperé, esperé por ti como si ello fuera mi destino.

Finalmente, debían de ser las dos o las tres de la mañana, escuché que se abría el portal, y después unos pasos que subían las escaleras. Como si el frío me hubiera dejado de repente, sentí un cálido hálito cerniéndose sobre mí, y sigilosamente abrí la puerta para correr hacia ti, para caer a tus pies... ¡Ay, no sé qué tontería hubiera hecho yo, estúpida chiquilla! Los pasos se aproximaban, la luz de la vela se acercaba parpadeando. Temblando agarré el picaporte. ¿Eras tú el que llegaba?

Sí, eras tú, amado, pero no venías solo. Escuché una risa suave y como cosquillosa, el frufrú de una especie de vestido de seda a rayas y tu voz suave: llegabas a casa con una mujer...

No sé cómo pude sobrevivir a esa noche. A la mañana siguiente, a las ocho, me arrastraron para llevarme a Innsbruck. Ya no tuve fuerzas para defenderme».

* * *